El guardián del paso

Claire Vallon

El guardián del paso

novela

© Claire Vallon, 2026
Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del autor.

Impresión: Impreso bajo demanda

A quienes dejan una luz encendida.

1

La primera nevada

El pueblo de Saint-Aubin cabía entero en el hueco de una mano. Una iglesia demasiado grande para él, una fuente que se helaba cada invierno y una sola carretera que subía hacia el paso en curvas tan cerradas que parecía dudar.

Mathilde había llegado un martes de noviembre, con dos maletas y una carta que nunca había abierto. El cartero, que también hacía de alcalde los días de mercado, la había visto bajar del autobús como quien mira a un pájaro que se ha equivocado de estación.

—¿Viene usted por la casa del paso? —le había preguntado.

—De momento, vengo por un café.

Él había sonreído, y esa sonrisa había bastado para decidir el resto de su vida.

La casa del paso no era realmente una casa. Era un refugio de piedra, posado en el hombro de la montaña, que nadie ocupaba desde la muerte del viejo Barthélemy. Decían que había guardado el paso durante cuarenta años, que conocía cada piedra del

camino y cada enfado del cielo. Decían también que hablaba con los aludes, pero en Saint-Aubin se decían muchas cosas, sobre todo en invierno, cuando no había nada más que hacer que hablar.

La primera noche, Mathilde durmió en la posada. Escuchó el viento golpear los postigos y se preguntó, por primera vez, qué había venido a buscar tan lejos de todo. Quizá la respuesta estaba en la carta. La dejó en la mesilla, la miró largo rato y apagó la luz sin haberla tocado.

* * *

Por la mañana había nevado. No mucho: un polvo blanco sobre los tejados, sobre la fuente, sobre los hombros de los transeúntes. Pero lo bastante para que el pueblo cambiara de cara. Los ruidos se habían suavizado; la gente caminaba más despacio, como si temiera despertar algo.

—Es la primera —dijo la posadera mientras le servía el café —. Después de esta, el paso se cierra. Si quiere subir, es hoy o en primavera.

Mathilde miró por la ventana. Allá arriba, la carretera desaparecía en una nube baja, gris e inmóvil.

—Entonces es hoy.

2

El refugio

La subida duró tres horas. El cartero la había acompañado hasta la última curva por la que podía pasar un coche; luego apagó el motor de su vieja furgoneta y le señaló el sendero con un gesto de la barbilla.

—A partir de aquí, a pie. Vuelvo el jueves, si no nieva demasiado.

—¿Y si nieva demasiado?

—Entonces aprenderá a encender fuego.

El sendero subía recto por la ladera, entre rocas cubiertas de liquen y abetos retorcidos por el viento. Mathilde se detenía a menudo para recuperar el aliento. En cada pausa, el pueblo parecía más pequeño, más irreal, como un juguete que un niño hubiera olvidado en el fondo de un valle.

El refugio apareció de golpe, tras una última roca. Era más grande de lo que había imaginado: un edificio largo y bajo, de muros gruesos, con un tejado de lajas que la nieve empezaba

a blanquear. La puerta no estaba cerrada con llave. Probablemente nunca lo había estado.

Dentro, todo estaba en orden. Una mesa, dos sillas, una estufa de hierro fundido, estantes cargados de libros y tarros. En la pared, un mapa del macizo cubierto de pequeñas cruces a lápiz, y fechas escritas con una letra cuidadosa: 12 de enero, 3 de febrero, 28 de marzo... Mathilde se acercó. Debajo de cada fecha, un nombre.

Lo comprendió despacio. No eran nombres de lugares. Eran nombres de personas.

* * *

Por la noche encendió la estufa con unas cerillas que encontró en un cajón, y el refugio se llenó de un calor seco que olía a resina. Por fin sacó la carta del bolsillo. El sobre llevaba su nombre, escrito con la misma letra cuidadosa que las fechas del mapa.

La abrió.

3

Lo que decía la carta

«Señorita:

Si está leyendo estas líneas, es que ya no estoy aquí para decírselas, y que ha encontrado el camino. No la conozco. Conocí a su abuela, hace mucho tiempo, cuando teníamos su edad y la carretera del paso no era más que un camino de mulas.

Cruzó la montaña una noche de febrero, en plena tormenta, con un niño en brazos. Ese niño era su padre. Los encontré al amanecer, medio congelados, a cien metros de mi puerta. Hice lo que había que hacer. No fue gran cosa: fuego, sopa, una cama. Pero fue suficiente.»

Mathilde dejó de leer. Fuera, el viento se había levantado y la nieve se arremolinaba contra el cristal.

«Toda mi vida he mantenido este refugio para que otros pudieran pasar. Las cruces del mapa son ellos: todos los que la montaña dejó pasar, porque había una luz en la ventana. Ya no me queda luz que dar. Así que se la confío, si la quiere. No está obligada a nada.»

Dobló la carta, muy despacio, y se quedó mucho rato inmóvil frente a la estufa. Luego se levantó, buscó el quinqué en el estante, lo encendió y lo dejó en el alféizar, frente al valle.

Abajo, muy lejos, una luz le respondió. Quizá era la posada. Quizá era el cartero. O quizá, sencillamente, alguien que había visto.